

LA CHICA DEL CEMENTERIO

Shannen Kannahan

*La chica del
cementerio*

Shannen Kannahan



Capítulo 1

LA CHICA DEL CEMENTERIO

Autora: Shannen Kannahan

PRÓLOGO

Una historia basada en hechos reales de la antigua España. Todo comienza en un lugar de La Mancha, cuyo nombre no he olvidado: Pozuelo de Calatrava, un pueblo manchego en la provincia de Ciudad Real. La narrativa gira en torno a un joven sepulturero y su familia, cuya vida está marcada por la pobreza, la miseria y el maltrato. Milagros, asesinatos, torturas e infidelidades son parte de la vida de los personajes. Una iglesia que niega la entrada a los necesitados, leyes que no protegen ni cuidan a las mujeres, quienes indefensas luchan y trabajan incansablemente por lo que más importa: sus hijos. La historia también relata cómo los personajes enfrentan, viven y mueren a causa de una enfermedad aún presente en nuestros días, el cáncer, y ofrece un mensaje de esperanza sobre cómo, desde el pozo más oscuro y lleno de adversidades, llantos y sufrimiento, es posible emerger victorioso. En este caso, su principal razón para luchar siempre ha sido y será lo más valioso: sus hijos.

“CAPITULO 1”

Llegó el invierno sin aviso, las calles se tornaron desérticas, y el silencio solo era interrumpido por las constantes gotas de lluvia. En Zaragoza, entre la oscuridad y el silencio, se enciende una luz en una casa. Allí, en la ventana, está Rosario, contemplando cómo la lluvia golpea el cristal, mientras sus pensamientos retroceden al pasado. A esa niñez que tanto la marcó y la transformó en la mujer que es hoy. Hace muchos años, en un pequeño pueblo de Castilla-La Mancha, cuyo nombre recuerdo, vivía un joven llamado Pascual. Era alto, moreno, de rostro serio, ojos negros y una complexión robusta, con una estatura de 1.80 metros. Su vida había sido complicada; abandonado por su madre al nacer, fue entregado a un centro de acogida. Su concepción fue el resultado de una injusticia: un notario del lugar, junto con los padres de una muchacha, acordaron que, para saldar una deuda, la joven de apenas 15 años tendría relaciones con él. Ante la amenaza de perder su hogar, los padres accedieron sin el consentimiento de su hija. Tras el embarazo y el nacimiento, el bebé fue llevado al centro de acogida, ya que el notario, casado y con hijos, rechazó cualquier responsabilidad y paternidad. Así, para evitar el escándalo, la familia decidió entregar al niño y abandonar el pueblo para siempre.

Pascual creció en ese entorno, donde la incertidumbre y el abandono marcaron su infancia. En el centro de acogida había otros niños, pero su historia era única; a menudo se sentía aislado, incluso entre sus compañeros. La falta de amor materno y la ausencia de una figura paterna le dejaron una cicatriz emocional que no lograba comprender del todo. Con 18 años, tomó la decisión de abandonar el centro de acogida y emprender la búsqueda de sus padres, movido por la necesidad de entender las razones de su abandono. Años de investigación lo condujeron a Pozuelo de Calatrava, donde incansablemente buscó empleo hasta que finalmente le propusieron ser sepulturero. Era un trabajo que, aunque poco convencional, le ofrecía la estabilidad que tanto necesitaba en ese momento. Aceptó el puesto con la esperanza de encontrar respuestas en su nuevo entorno, pensando que tal vez, en ese lugar de silencio y respeto, podría meditar sobre su pasado y las decisiones que habían marcado su vida.

Los días pasaban, y mientras realizaba sus labores, comenzó a escuchar historias de los difuntos que allí descansaban. Cada tumba contaba una historia, y él se sintió atraído por el relato de aquellos que, como él,

habían dejado atrás misterios sin resolver. Esto le llevó a reflexionar sobre su propia vida y la búsqueda de sus padres, una búsqueda que cada día se sentía más como un eco lejano.

Las noches en el cementerio, rodeado de sombras y memorias, se convirtieron en momentos de introspección. A medida que se sumergía en su trabajo, empezó a anotar sus pensamientos y recuerdos, creando un diario que se transformó en su confidente. Era un ritual que le proporcionaba consuelo, al mismo tiempo que le permitía dar rienda suelta a su imaginación sobre cómo sería el encuentro con sus padres. Un día, mientras limpiaba una de las lápidas más antiguas, notó un nombre que le era familiar. Su corazón latió más rápido. ¿Podría ser una coincidencia? Decidió investigar más sobre la persona que allí yacía, y los detalles comenzaron a enlazarse como un rompecabezas. Cada pista que descubría aumentaba su esperanza, pero también su ansiedad. ¿Qué haría si realmente encontraba a sus padres?

La búsqueda se intensificó y, al mismo tiempo, su compromiso en el trabajo se volvió más significativo. No solo era un sepulturero; era un guardián de historias, y su profesión adquirió un nuevo propósito. Este cambio de perspectiva le brindó una conexión más profunda con la comunidad, donde muchos comenzaban a confiar en él y a compartir sus propias vivencias y lutos.

Finalmente, después de semanas de investigación, confirmó que el nombre en la lápida era realmente el de su madre. Se vio inundado por un torrente de emociones: ira, dolor y un profundo vacío. No conseguiría respuestas sobre por qué fue abandonado en el centro de acogida. Eso lo impulsó a caminar hasta un bar del pueblo, donde empezó a beber mientras sus demonios más oscuros emergían, y con ellos, nacía un hombre implacable, lleno de ira que no perdonaba a la vida por lo que había sufrido en su infancia. Se sentó en el taburete de la barra, el ambiente ruidoso y alegre del bar contrastando con la tormenta interna que lo consumía. La cerveza helada se deslizaba por su garganta, pero no podía ahogar el dolor. Cada sorbo le recordaba lo que había perdido, lo que nunca había tenido y la soledad que lo perseguía. Alrededor de él, las risas y las conversaciones eran un recuerdo lejano, una vida que parecía ajena.

Mientras más bebía, más vívidas eran las imágenes de su infancia. Recuerdos fragmentados de otros niños jugando, familias felices que lo miraban desde la distancia. Se preguntaba si alguna vez tendría una vida así. En su mente, la figura de su madre se convertía en un símbolo de traición.

No podía dejar de cuestionarse: ¿Por qué no había querido tenerlo? ¿Qué clase de decisiones había tomado para llegar a ese punto? Las horas pasaron y su mente se oscurecía con cada trago. La ira se transformó en un mantra, resonando en su interior de forma constante. Quería vengarse, no de la mujer que lo había traicionado, sino de la vida que le había negado el amor y la estabilidad. Esa sed de venganza le daba una extraña sensación de poder; al menos podía controlar eso. No había vuelta atrás; su pasado lo perseguiría hasta que tuviera las respuestas necesarias para

sanar. La noche se convirtió en un espacio de reflexión y planificación, la cólera en fuego, una chispa que lo impulsaba adelante. Amanecería con un propósito renovado, dispuesto a desenterrar la verdad, sin importar cuán dolorosa resultara. La búsqueda comenzaba, y con ella, la oportunidad de liberarse de la pena y hallar un nuevo camino, uno que lo alejara del abismo donde había estado atrapado demasiado tiempo. Aunque no esperaba encontrar nada, su ira lo había dominado. Una tarde, una familia con su ganado llegó al pueblo; estaban de paso y se dirigían a otros parajes para alimentar a sus animales. El matrimonio estaba acompañado por una hermosa joven de veinte años, piel blanca y ojos verdes claros que irradiaban una calidez celestial; su nombre era Petra. Pascual, al verla, quedó encantado y pronto empezaron a conversar, aprovechando el tiempo que pasarían en el pueblo antes de continuar su viaje. Entre ellos surgió una conexión que los llevó a un amor juvenil; ambos eran atractivos y la atracción era evidente. Por ello, Pascual no renunciaría a ese regalo del destino e indagó sobre su procedencia para seguir viendo a Petra y poder pedir su mano a su padre, casarse con ella y comenzar una nueva vida en la pequeña casa donde residía en el cementerio. El viaje de Petra había comenzado en el norte, en un pueblo donde la nieve cubría los techos durante el invierno. Su familia, dedicada a la cría de cabras y ovejas, había decidido trasladarse en busca de mejores pastos y un clima más favorable. A medida que hablaban, Pascual se maravillaba con las historias que ella compartía, relatos de paisajes vastos y fríos, contrastando con el caluroso y ruidoso ambiente del pueblo. Los días pasaron y Pascual se convirtió en una presencia constante en la familia de Petra, ofreciendo su ayuda en las labores diarias. Cada momento a su lado era un pequeño músculo que fortalecía su deseo de estar juntos. Finalmente, reunió el valor para hablar con el padre de Petra. Con una mezcla de temor y esperanza, se acercó a él en una tarde de luz dorada, cuando los animales se hallaban paciendo y el aire olía a pasto fresco. Expresó su amor y su intención de casarse, asegurando que su vida en el cementerio no era un obstáculo, sino un símbolo de su deseo de renacer. El padre de Petra, aunque inicialmente sorprendido, pudo ver la sinceridad en los ojos de Pascual. Tras un largo silencio, accedió a conocerlo mejor y a considerar su propuesta. A medida que los días avanzaban, la familia discutía su futuro y el hogar que podrían construir juntos. La complicidad entre Pascual y Petra florecía, y esa conexión se veía alimentada por la calidez de los corazones que se empezaban a entrelazar. Mientras en Pozuelo de Calatrava la gente comenzaba a hablar sobre el futuro enlace entre Pascual y Petra. El día de la boda fue un evento sencillo, y se mudaron a vivir solos como cualquier pareja casada; todo parecía idílico. Petra buscó empleo y encontró trabajo en una cuadrilla del pueblo para recolectar frutas, remolacha y verduras, mientras Pascual continuaba su labor de enterrador. La armonía reinaba hasta que Petra quedó embarazada y nació su primer hijo, Julián. Pascual empezó a recordar su propia infancia, cómo fue abandonado, y temió no poder ser un buen padre al no haber tenido uno. Estos miedos lo llevaron de vuelta a la barra del bar, donde comenzó a beber, liberando al

monstruo que llevaba dentro. Tras varias horas de bebida, tambaleándose por las calles, llegó al cementerio, escuchó llorar al pequeño y se enfureció, agrediendo a su esposa Petra la acusaba de ser como las demás, incapaz de cuidar de su hijo. La tensión en el aire era palpable. Petra, atónita y herida, no podía comprender cómo su esposo había caído tan bajo. La ira de Pascual no solo la golpeaba físicamente, sino que también la desgastaba emocionalmente. Sabía que ese comportamiento no era producto de su verdadera naturaleza, sino del miedo y la inseguridad que lo consumían.

Petra decidió, en medio de su angustia, que no podía permitir que esta situación continuara. Sabiendo que Julián necesitaba un entorno seguro y amoroso, se armó de valor para confrontar a Pascual en su estado de ebriedad. Con una voz temblorosa, pero firme, le dijo: "No soy como las demás, Pascual. Yo elegí quedarme contigo y formar una familia. Pero esto no puede seguir así."

Esas palabras resonaron en el corazón de Pascual. Por un instante, la claridad invadió su mente nublada. Reconoció el dolor que causaba y el ciclo destructivo en el que estaba atrapado. Sin embargo, el monstruo que había liberado no se disolvía fácilmente. Con lágrimas en los ojos, su vulnerabilidad fue sustituida por rabia otra vez. "¡Tú no entiendes lo que es ser yo!", gritó, su voz temblando como el vidrio ante un impacto. Sus palabras hicieron un efecto inesperado en él. La rabia se empezaba a desvanecer, y en su lugar, emergía la tristeza profunda de una herida que nunca había sanado. Un llanto incontenible brotó de su pecho mientras caía de rodillas en el suelo. "No sé cómo ser el padre que mi hijo necesita. Estoy asustado, y... siento que te estoy perdiendo". Petra, sintiendo que cada palabra de Pascual era fruto de su propio sufrimiento, se acercó a él tratando de calmarlo. "Por favor, escucha. No tienes que llevar esta carga solo. Juntos podemos superarlo. No somos prisioneros de nuestras historias. Podemos crear algo nuevo".

Petra agarró la mano de su marido y fue a por su hijo Julián que lloraba en la cuna, lo tomó en brazos y se lo dio a Pascual diciéndole serás un gran padre y estará orgulloso de ti el día de mañana. Petra fue a la cocina y cogió la leche que estaba calentando en un caldero para llenar el biberón y dar de comer a su hijo. Al regresar al cuarto vio como Pascual mecía a su hijo entre sus brazos calmando así su llanto. El ambiente en la habitación se tornó más denso, cargado de emociones encontradas. Pascual, con el pequeño Julián en sus brazos, comenzó a susurrarle palabras suaves y tranquilizadoras, "Soy tu papá, siempre estaré aquí para ti", murmuró, sintiendo una conexión renovada con su hijo. Petra, al observar a su esposo en ese instante, sintió una mezcla de esperanza y alivio. La imagen de Pascual meciedo a Julián, con lágrimas en los ojos, era un símbolo del cambio que tanto anhelaron. Se acercó a ellos y se agachó, colocando su mano en la espalda de su marido. "Esto es solo el principio, amor. Cada paso que das cuenta. No tienes que ser perfecto, solo tienes que intentar".

El llanto del niño se convirtió en risitas suaves, como si comprendiera el amor que los rodeaba. Pascual lo miró y, en ese momento, entendió que

ser padre no significaba conocer todas las respuestas, sino estar presente y dispuesto a aprender. "Quiero hacerlo bien", agregó, su voz ahora más firme.

Petra sonrió y se permitió un momento de vulnerabilidad. "Y yo estaré aquí contigo, en cada paso del camino". Con un gesto de ternura, acarició la mejilla de Julián. La familia comenzaba a reconstruirse, ladrillo a ladrillo, en medio de un entendimiento más profundo de lo que significaba apoyarse mutuamente. Todo parecía estar en armonía hasta la llegada de su segundo hijo Rafael, quien fue recibida con alegría. Después llegó Emilia y, finalmente, la pequeña Rosario. Eran demasiadas bocas que alimentar y el dinero era cada vez más escaso, ya que Pascual se iba al bar a beber cada tarde hasta la madrugada. Las responsabilidades le habían superado, su carácter estaba cambiando de nuevo, y las discusiones en el hogar se hacían más frecuentes. El monstruo volvió a surgir cuando Petra le reprochó que necesitaba ayuda con los hijos y que le resultaba cada vez más difícil conseguir dinero para alimentarlos. La tensión en el hogar creció a medida que las necesidades de los niños aumentaban. Petra se encontró sola en su lucha, intentando equilibrar la responsabilidad de cuidarlos mientras buscaba maneras de hacer estirar cada moneda. Pascual, por su parte, sumido en su propia desesperación, se distanciaba más, buscando refugio en el alcohol en lugar de enfrentar la realidad que lo rodeaba.

Las noches se convirtieron en un ciclo de frustración y desesperanza. En uno de esos momentos, Petra, exasperada, reclamó con lágrimas en los ojos: "No se trata solo de mí, Pascual. Los niños nos necesitan, necesitamos ser un equipo". Sin embargo, él respondía con evasivas, su mente atrapada en el torbellino de su propia lucha interna.

El comportamiento errático de Pascual se volvió un tema constante de conversación en el pueblo. Los vecinos murmuraban, preguntándose qué había sucedido con el hombre que una vez fue el orgullo del vecindario. Petra, a pesar del dolor, intentaba mantener la dignidad, protegiendo a sus hijas del juicio de los demás. Ella se esforzaba por ser un modelo a seguir, pero la carga emocional era abrumadora. Cada día, el hogar se llenaba de gritos y llantos, un eco de la frustración acumulada. A veces, Petra se sentía como si estuviera detrás de una cristalera, observando a la familia que había soñado formar, y que ahora parecía un espejismo. Las risas de las niñas se mezclaban con el llanto de la desesperación, creando un ambiente caótico que minaba su espíritu.

La situación empeoraba; una noche, Pascual llegó a casa ebrio y alzando la voz. Petra lo confrontó, pues su hija Rosario estaba enferma con fiebre y carecían de dinero para el médico o medicinas. Era fundamental que Pascual entendiera la seriedad del asunto: una nevera vacía y solo disponían para comer un caldo con algunas verduras que una vecina les había obsequiado para los niños. Pascual, enloquecido, abandonó el hogar, golpeando la puerta y caminando entre las tumbas mientras vociferaba. Petra trataba de calmar a Rosario, quien lloraba desconsolada con la fiebre en ascenso. De pronto, la puerta se abrió; era Pascual retornando con una mirada vacía y una

serpiente en su mano, con la cual, sin decir palabra, empezó a azotar a Petra, reprochándole su actitud y la mala atención a sus hijos. Rosario y sus hermanos lloraban por los alaridos y la tensión del momento. Pascual, tapándose los oídos y furioso, gritó y se marchó. Petra, lastimada, se levantó, tomó a Rosario y a sus otros hijos y se dirigió al cuartel de la Guardia Civil para informar lo sucedido y solicitar ayuda para su hija menor. El comandante, desoyendo su relato, rechazó presentar una denuncia, argumentando que Pascual era un hombre de bien que había perdido el control, que hablarían con él para evitar otra incidencia, pero que a veces las mujeres necesitan un recordatorio de quién tiene la autoridad en el hogar. Otro agente fue en busca del médico del pueblo para evaluar el estado de la niña.

Al llegar al cuartel de la Guardia Civil, el médico encontró a una niña padeciendo una severa neumonía debido a un resfriado sin tratar, con defensas muy debilitadas, lo que había provocado fiebres muy altas que causaron una pérdida parcial de la visión en uno de sus ojos y un asma que se volvería crónica en su vida. La situación era alarmante. El médico, con la experiencia necesaria, comenzó a realizar una serie de pruebas para determinar el alcance de la neumonía. Midió la temperatura de la niña, que seguía elevándose por encima de los 39 grados, y examinó su respiración, notando un esfuerzo significativo en cada inhalación. La tos era persistente y acompañada de un silbido característico, evidenciando una complicación respiratoria seria.

Inmediatamente decidieron iniciar un tratamiento con antibióticos para combatir la infección y estabilizar su cuadro clínico. Además, se administraron líquidos intravenosos para corregir la deshidratación causada por la fiebre alta. Para aliviar sus síntomas, el médico recetó un antitérmico que ayudaría a reducir la temperatura corporal y a disminuir la inflamación en las vías respiratorias.

A medida que avanzaba el tratamiento, el equipo médico se mantuvo en comunicación constante con los padres de la niña. Era fundamental que entendieran la seriedad de la condición, así como la importancia de seguir las indicaciones y pautas médicas para garantizar una recuperación completa. La niña, aunque frágil, comenzaba a responder a los medicamentos y su respiración se hacía más regular. Rosario, conocida en el pueblo como la chica del cementerio. Tenía la piel blanca, cabello negro como el azabache y una mirada radiante con una sonrisa angelical, poseía una belleza indescriptible que se complementaba con un carácter reservado, tímido, pero a la vez muy afectuoso y respetuoso. Con el paso de los años, la situación de Pascual y Petra empeoraba; las discusiones y agresiones en el hogar se hacían más frecuentes. Julián, el hijo mayor, fue llamado a prestar servicio militar en la base aérea de Zaragoza. Los otros hermanos acompañaban a su madre al campo cada día para recolectar y contribuir a la economía del hogar. La pequeña Rosario asistía a la escuela con ropa rota y zapatos agujereados, exponiendo sus dedos y atrayendo las burlas de otros niños. Por las tardes, cuando no había clases, Rosario se refugiaba en un cuarto del cementerio que su madre cerraba con llave para protegerla. La soledad se hacía insoportable para

Rosario mientras esperaba que el sol cediera su lugar a la oscuridad y pudiera ver regresar a su madre y hermanos. Su espera se vio interrumpida cuando una ratita entró en el cuarto y Rosario le ofreció un trozo de pan duro. Desde ese momento, se hicieron amigas. La ratita la visitaba todos los días en busca de su trozo de pan, y Rosario la esperaba ansiosa para contarle sobre su día en la escuela. Aunque el roedor no podía entenderla, la niña se sentía acompañada, compartía con su nueva amiga sus sueños e inquietudes. Le hablaba de sus clases, de los pocos amigos que tenía y de las burlas que recibía. La ratita, en silencio, parecía escuchar con atención, y Rosario, en sus monólogos, encontraba una forma de desahogar sus penas.

Los días pasaban, y la conexión entre ellas se hacía más fuerte. Rosario comenzaba a sonreír más a menudo, disfrutando de la simple compañía de su ratita, quien le aportaba un rayo de luz en medio de la oscuridad de su vida. Con el tiempo, la pequeña se imaginaba que la ratita era un ser mágico que la protegía y la animaba a ser valiente ante las adversidades.

Su padre Pascual rara vez volvía a casa; solo visitaba el cementerio para encargarse de algún entierro o cuando su amante, la prima de Petra, lo expulsaba por falta de dinero. En esas ocasiones, regresaba ebrio para hostigar a Petra, responsabilizándola de sus desgracias. Una madrugada, Petra se levantó con sus hijos y subió a uno de los carruajes que esperaban junto al resto de la cuadrilla para ir al campo a recolectar. Durante el trayecto, una de las mulas tropezó, desestabilizando el carruaje momentáneamente, y la joven Teresa cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra una piedra, lo que le provocó la muerte instantánea. Petra quedó paralizada al ver el cuerpo inerte de su hija en el suelo, sin poder reaccionar. A pesar de los intentos de varias personas por reanimar a la niña, fue en vano. El shock causó en Petra un severo ataque de ansiedad, y tuvo que ser trasladada al hospital de Ciudad Real. Mientras tanto, Rafael y Emilia fueron acogidos por una familia del pueblo, donde permanecieron hasta que se encontrara a su padre Pascual y se evaluara el estado de ansiedad de Petra. Pascual fue encontrado después de horas de búsqueda con su amante, ambos ebrios y semidesnudos en una vivienda abandonada en las afueras del pueblo. La noticia se esparció rápidamente, y tanto la muerte de su hija como la infidelidad y el estado de Pascual se convirtieron en el tema de conversación del lugar. Tras ir a su casa y ducharse, Pascual se dirigió al forense para recoger el cuerpo sin vida de su hija y darle el entierro que merecía. Por otro lado, Petra estaba sedada con tranquilizantes, esperando que una psicóloga del hospital pudiera atenderla. Rosario fue llevada con la mujer mayor que tanto la apreciaba, ajena a la realidad de los acontecimientos. La sala del forense era fría y estéril, impregnada con un aire de tragedia. Pascual entró con el corazón desbordado de dolor y remordimiento. Al ver el rostro inerte de su hija, una oleada de culpa lo invadió. Se acercó despacio, como si temiera que cualquier movimiento pudiera desvanecer aquel momento, esa última oportunidad de verla. Allí, en ese instante, entendió que su vida había cambiado para siempre.

Mientras tanto, Petra luchaba contra sus demonios internos. La tranquilizante neblina la mantenía alejada de la realidad. La psicóloga, con un enfoque profesional, comenzaba a desentrañar el profundo dolor que había dejado la tragedia en su vida. Sabía que el camino hacia la sanación sería largo y complicado, pero cada pequeño paso era vital para su recuperación.

Rosario, en brazos de la mujer mayor, buscaba consuelo en la calidez y el amor que esta le ofrecía. A pesar de su inocencia, la pequeña sentía que algo estaba mal. Las risas que solían llenar su hogar se habían convertido en ecos lejanos y atemorizantes. La mujer mayor, con paciencia infinita, soñaba con contarle historias de tiempos felices, esperando que de alguna manera pudiera mitigar el sufrimiento que se cernía sobre la familia. Pascual, tras el doloroso encuentro en el forense, se dirigió a la funeraria. Cada paso que daba se sentía más pesado que el anterior. Su mente repasaba las memorias de su hija, sus risas, sus juegos, y la forma en que iluminaba cada rincón de su vida. El dolor le mataba, pero la responsabilidad lo obligaba a actuar.

El pueblo, al tanto de los acontecimientos, se dividía en murmullos. Algunos ofrecían palabras de condolencia, mientras que otros no dudaban en criticarlo. La infidelidad y la tragedia se convirtieron en un frenesí de habladurías. Sin embargo, Pascual sabía que, al final del día, lo único que realmente importaba era el recuerdo de su hija y la promesa de darle el adiós que merecía.

En el hospital, la psicóloga terminó su sesión con Petra. La miró a los ojos, mostrándole compasión y entendimiento. "Tienes el derecho de sentir lo que sientes", le dijo suavemente. Petra asintió, sintiendo que, por primera vez, alguien la comprendía. Detrás de cada lágrima había un grito desesperado de ayuda, y poco a poco, pasó de ser una víctima a una sobreviviente que debía seguir adelante. Al día siguiente, la iglesia repicaba las campanas anunciando la despedida de la joven Teresa que emprendería su último viaje al cielo. La misa por su alma estaba a punto de comenzar y, acto seguido, sería llevada al cementerio que la vio nacer, crecer y que ahora la acogería para siempre. El coche fúnebre que esperaba en la puerta de la iglesia inició su camino hacia el cementerio con el cuerpo de la joven, seguido por sus padres, los hermanos mayores y el resto del pueblo que caminaban detrás, brindando apoyo a la familia en estos momentos difíciles.

CAPITULO 2

En el cementerio, Pascual enterró a su hija entre lágrimas, mientras Petra, desolada, lanzó un grito de dolor y se desmayó. Sus hijos eran su vida, su fuerza, todo en este mundo oscuro y lleno de sufrimiento, y ahora una parte de esa luz se había extinguido para siempre. Los asistentes, en un silencio profundo, sentían el peso de la tragedia que se cernía sobre todos. El aire se llenaba de un lamento colectivo, una tristeza compartida que unía a la comunidad en su dolor. Los rostros reflejaban la angustia, la incredulidad; cada lágrima caída era un testimonio del amor que todos

sentían por la joven que se había ido.

El cura, con voz temblorosa, pronunció palabras de consuelo, recordando la alegría que la joven había traído a la vida de quienes la conocían. Sus risas, sus sueños, y el espíritu vivaz que iluminaba cualquier habitación eran ahora solo recuerdos en la memoria. A medida que los recuerdos se deslizaban lentamente entre las palabras del sacerdote, las personas comenzaron a recordar momentos felices, sonrisas compartidas y la energía contagiosa de la joven.

Los padres, aunque devastados, intentaban encontrar consuelo en la cercanía de seres queridos, en el abrazo cálido de amigos que compartían su pena.

Al finalizar el servicio, el ataúd fue descendido con solemnidad en la tierra, y cada uno de los presentes arrojó un puñado de tierra como último adiós, un gesto simbólico que unía al pueblo en su duelo. Petra, aún en estado de completo desconsuelo, fue sostenida por sus familiares, quienes intentaban brindarle un soporte emocional en ese instante tan desgarrador. La pérdida era irremediable, pero también lo era la voluntad de seguir adelante, de mantener viva la memoria de su hija a través de historias y recuerdos.

Petra fue a recoger a su hija Rosario, que seguía en la casa de la señora mayor. Al llegar, la señora invitó a Petra a entrar, le sirvió una taza de té, la abrazó y le dio el pésame por la pérdida de su hija. Mientras Rosario jugaba en una habitación llena de juguetes, ambas mujeres conversaban en el salón. La señora le propuso a Petra adoptar a Rosario, prometiéndole que tendría todo lo necesario, asistiría a los mejores colegios y universidades y sería la única heredera de todos sus bienes, consciente de que Petra no podía manejar sola la carga de su hogar y la actitud de Pascual. Petra, molesta pero cortés, rechazó la oferta, asegurando que aunque eran una familia humilde, jamás entregaría a su hija y que la sacaría adelante como siempre lo había hecho. Luego, Petra llamó a Rosario, la tomó de la mano y se despidió de la señora mayor, regresando al cementerio donde sus otros hijos la esperaban. El camino al cementerio era silencioso, salpicado solo por los murmullos del viento y los pasos de Petra y Rosario. La pequeña miraba a su madre con ojos llenos de curiosidad, pero también con un ligero atisbo de tristeza. Petra sentía el peso de la ausencia de sus seres queridos, una carga que parecía inquebrantable, pero su determinación de mantener unida a su familia era más fuerte.

Al llegar, Petra se arrodilló ante la tumba de su hija. Con manos temblorosas, colocó flores frescas sobre la lápida. Rosario se quedó a su lado, aprendiendo a comprender el dolor a través de las lágrimas de su madre. Petra hablaba en voz baja, compartiendo anécdotas y recordando momentos felices. La pequeña, aunque no entendía del todo la magnitud de la pérdida, sentía el amor que emanaba de cada palabra.

Después de un rato, Petra se levantó, sintiendo que, aunque la tristeza nunca desapareciera por completo, era crucial seguir adelante. Con un suspiro profundo, empezó a caminar entre las tumbas de regreso a casa,

recordando que sus hijos todavía vivos eran su razón de lucha. Sabía que debía ser una madre fuerte, que el sacrificio y el esfuerzo valdrían la pena.

Petra reflexionó sobre los retos que enfrentaba. La oferta de la señora mayor rondaba su mente, pero la idea de separarse de Rosario le producía un profundo desasosiego. Tenía claro que, aunque la vida era dura, el amor y la unidad familiar eran invaluableles.

Al llegar a casa, el ambiente era tenue. La casa, aunque humilde, estaba llena de recuerdos y risas pasadas. Rosario preguntó por su hermana Teresa, extrañada de su ausencia. Petra miró a Pascual, esperando que él ayudase a explicar a su hija menor que su hermana había partido, emprendiendo un viaje al cielo, y que no la volverían a ver, al menos no físicamente. Sin embargo, Pascual bajó la cabeza y se alejó de la casa. Petra sintió un nudo en la garganta ante la angustia de su hija. Con un suspiro, se agachó a la altura de Rosario y tomó sus manos tiernamente. "Rosario, cariño, a veces las personas que amamos tienen que irse. No siempre podemos entender por qué sucede, pero siempre estarán en nuestros corazones", dijo con la voz entrecortada.

La pequeña corrió hacia la habitación de su hermana Teresa, agarró una hoja de un cuaderno y comenzó a rasgarla. Rosario rasgaba un trozo de papel, dibujando figuras que sólo ella podía ver. Cada línea trazada era un intento de conectar con su hermana, de mantener viva su memoria de alguna manera. Petra se acercó a ella y se sentó a su lado, observando el esfuerzo de Rosario.

"¿Qué dibujas, pequeña?", preguntó suavemente. Rosario levantó la cabeza y sonrió a su madre, con un brillo de esperanza en sus ojos. "Un arcoíris, mamá. Así será más fácil encontrarla cuando busquemos en el cielo".

Petra sintió un nuevo oleaje de emociones, reconociendo la profunda conexión entre su hija y su hermana. "Es un dibujo hermoso, cariño. Estoy segura de que siempre podrá ver ese arcoíris". Rosario la miró con ojos grandes, llenos de confusión y tristeza. "¿Pero, mamá, por qué no vuelve? ¿Dónde está? Quiero jugar con ella". La inocencia de sus palabras rompió el corazón de Petra un poco más.

"Lo sé, amor. También la extraño mucho", respondió Petra, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. "Pero ahora está en un lugar donde no sufre, donde puede ser feliz. Eso es lo que quiero que recuerdes". Petra besó en la frente a la pequeña, luego fue a ver a sus dos hijos y conversó con ellos sobre la situación, explicándoles cómo, aunque fuera doloroso, se debía continuar porque su hermana lo habría querido así y desde el cielo estaría observándolos. Rafael y Emilia asintieron con la cabeza, sin pronunciar palabra, y Petra los abrazó diciéndoles cuánto los amaba.

Después, salió de la casa y observó las lápidas que la rodeaban, buscando a Pascual, quien estaba de rodillas frente a la tumba de su hija. En silencio, se acercó y puso su mano sobre el hombro de su esposo, quien le gritó culpándola de todo: de su propia naturaleza, de la muerte de su hija, y juró vengarse. Pascual, furioso, se dirigió al pueblo en busca de un bar abierto y comenzó a beber sin cesar. Tras horas de beber, provocó

altercados con otros clientes hasta que el dueño le pidió que se fuera, instándole a volver a su hogar y a su familia. Era el momento de unirse a ellos, de superar juntos la muerte de su hija, no de continuar en un estado de ebriedad que le provocaba tanta ira. Pascual, enfurecido, lanzó un taburete al suelo, rompió una jarra de cerveza contra la barra y se fue a casa. En el camino al cementerio, los demonios lo dominaban y caminaba con la mirada perdida, buscando a Petra para liberar la ira y el dolor que llevaba dentro.

Al cruzar el umbral de su casa, el silencio lo recibió como a un viejo amigo. Petra estaba en la sala, sentada en el sofá, con la vista perdida en un retrato de su hija. La tristeza se reflejaba en su rostro, pero también un destello de determinación que ella había decidido aferrarse en esos momentos oscuros. Pascual sintió que el aire se volvía denso, como si los reproches y los silencios que había acumulado entre ellos pesaran sobre sus hombros. Comenzó una fuerte discusión. Con voz temblorosa, ella se atrevió a hablar: "Te he estado esperando, pero no sé cuánto más podré soportar". Sus palabras eran un puñal que atravesaba el corazón de Pascual, dejándolo sin aliento. Él no podía articular respuesta alguna; la culpa, la vergüenza y la rabia brotaban en su interior como un torrente descontrolado.

Pascual le gritaba: "Tú aguantarás lo que yo te haga aguantar. Has destrozado a la familia, eres lo peor. No vales como madre, ni mujer, ni amante ". Petra se levantó, dejó el retrato de su hija y cansada, le enfrentó. Algo que a Pascual le enfureció. Comenzó a agredirla sin tregua hasta que cayó al suelo cubierta de sangre. Petra llorando le suplicaba que parara y él más enfurecía, hasta que se dio cuenta de cómo sus hijos y la pequeña Rosario estaban mirando aterrados lo que sucedía y se marchó de casa de nuevo. Petra, yaciendo en el suelo, sentía cómo la vida se le escapaba mientras el horror se reflejaba en los ojos de sus hijos. Esa imagen la trazó en su mente como una herida imborrable, el miedo palpable en el ambiente. Al levantarse, con el cuerpo magullado y el corazón desgarrado, vio cómo sus pequeños se aferraban entre sí, buscando consuelo, buscando una respuesta que no podían entender. "¿Por qué, mamá?", preguntó el mayor, incapaz de contener las lágrimas mientras se acercaba a ella. Petra, llena de dolor, intentó sonsacar las palabras correctas. "A veces, el amor se convierte en algo que no reconocemos. Nunca olvides que el verdadero amor no hierde", murmuró, con esfuerzo, tratando de darles consuelo a pesar de su propio sufrimiento.

Decidió que esa era la última vez que permitiría que esa situación se repitiera. Se levantó, con una determinación férrea; no permitiría que sus hijos crecieran en un ambiente así. Petra sabía que tendría que luchar no solo por ella, sino por su familia. Con cada paso que daba hacia la puerta, sintió el peso de sus decisiones a lo largo de los años, pero también una nueva esperanza adentrándose en su corazón.

Salió de casa, dejando atrás no solo el dolor físico, sino también el miedo y la humillación. La luz de la luna la acompañaban, trayendo consigo un

aire fresco que parecía prometer un nuevo comienzo. Había esperado mucho tiempo por este momento de lucidez, un despertar que le permitiría buscar ayuda y reconstruir su vida lejos de la sombra de Pascual. Durante la noche, Petra se alejaba por los caminos de su pasado, guiada por el recuerdo de su hija fallecida y acompañada de sus hijos, en busca de una vida mejor. Mientras avanzaban, el cielo se oscureció con nubes negras que ocultaban la luna, desatando una fuerte tormenta. Petra instó a sus hijos a acelerar el paso para llegar al próximo pueblo y refugiarse. Tras horas de caminar en la oscuridad, avistaron las luces de un pueblo. Exhaustos, mojados y hambrientos, llegaron a una iglesia y tocaron a la puerta. El cura abrió para ver quién perturbaba su descanso a esas horas. Petra solicitó ayuda y explicó su situación: necesitaban un lugar donde pasar la noche, algo de comida para los niños y ropa seca o un sitio para secar sus prendas mojadas. El cura les negó la entrada; la iglesia no estaba abierta para acoger a los hambrientos y les ordenó seguir su camino. Cerró las puertas con un grito, dejando a Petra y sus hijos a la intemperie, en una noche fría y lluviosa, abandonados a su suerte. Petra sintió un nudo en la garganta mientras miraba a sus hijos, sus caritas empapadas y temerosas. El silencio de la noche se volvió ensordecedor tras el portazo. Sin opción, se giró, caminando sin rumbo por las calles vacías, con el eco de su propia desventura resonando en su mente.

Las gotas de lluvia seguían cayendo, frías y persistentes, calando hasta los huesos. Sus pequeños comenzaron a llorar, temerosos del frío y la oscuridad. Sin embargo, Petra también sabía que no podían detenerse; debían encontrar un refugio, aunque no supieran adónde ir.

De repente, avistaron un pequeño albergue a lo lejos. Las luces titilantes parecían prometer calor y comida. Con paso decidido, Petra llevó a sus hijos hacia la entrada. Golpeó la puerta, un sonido suave pero lleno de esperanza.

Un hombre de mediana edad abrió, sus ojos reflejaban tanto cansancio como compasión. Al notar el estado de la madre y sus hijos, no dudó en preguntarles qué necesitaban. Petra, agotada, explicó su situación de la manera más sencilla posible, su voz entrecortada por el agotamiento. El hombre asintió, reconociendo la desesperación en su tono. Con un gesto, les indicó que entraran. Las luces cálidas del interior contrastaron con la fría tormenta exterior. Les ofreció mantas, comida caliente y un rincón donde podrían secar su ropa. Los primeros rayos del sol se colaban por las ventanas cuando Petra se levantó y despertó a sus hijos. El dueño del albergue les preparó el desayuno y les entregó una bolsa con víveres para varios días. Petra, con lágrimas en los ojos, agradeció su generosidad y partieron caminando de nuevo por los campos de La Mancha, rodeados de viñedos, amapolas y girasoles que coloreaban su camino hacia la libertad. Tras días de marcha, en Pozuelo de Calatrava, Pascual, arrepentido de sus actos, fue a pedir perdón. Al no encontrar rastro de Petra ni de sus hijos, acudió a la Guardia Civil para denunciar el supuesto abandono familiar. La búsqueda de Petra comenzó de inmediato y en

cuestión de horas fue localizada por una patrulla al entrar a un pueblo. La patrulla, compuesta por dos agentes, la reconoció de inmediato. Con cautela, se acercaron y le preguntaron sobre su estado y el de sus hijos. Petra, aliviada pero aún temerosa, explicó brevemente su situación y el camino que habían recorrido. Mientras tanto, su mente daba vueltas, recordando cada instante de su huida y la angustia que la había llevado a tomar esa decisión.

Los agentes, comprendiendo la delicadeza del momento, decidieron llevarla a la comisaría más cercana para poder ofrecerle protección y asistencia adecuada. Una vez allí, Petra pudo hablar con el comandante que la escuchó con atención y empatía. Le ofrecieron un lugar seguro donde permanecer temporalmente y asesoramiento sobre cómo proceder, pero debía volver a casa con su marido. Sino estaba cometiendo un delito por abandonar el hogar. Mientras tanto, Pascual se enteró de que Petra había sido encontrada. Aliviado y contento, deseaba que su esposa e hijos volvieran a casa. Quería demostrar que estaba arrepentido y ser un esposo y padre ejemplar. Petra, aunque reacia a volver, sabía que si no lo hacía enfrentaría problemas legales por ser acusada de abandonar el hogar familiar. Por ello, aceptó y una patrulla la llevó de vuelta a su casa. Allí, frente a la puerta del cementerio, la esperaba Pascual con un ramo de flores que había recogido de los campos cercanos como símbolo de su arrepentimiento y amor. Pascual se acercó con una mezcla de nervios y esperanza. Al ver a Petra, su corazón dio un vuelco; la mujer que amaba estaba de pie ante él, pero en sus ojos había una tristeza profunda. La brisa suave movía su cabello, y él se dio cuenta de lo mucho que había cambiado en su ausencia.

"Lo siento tanto," murmuró Pascual, extendiendo el ramo hacia ella. "Sé que he cometido errores imperdonables, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para enmendar las cosas."

Petra tomó una respiración honda, sus pensamientos confusos. Las palabras de Pascual resonaban en su mente, pero el dolor y la traición aún pesaban sobre su corazón. "No puedo simplemente olvidar lo que pasó," respondió con voz entrecortada. "Necesito tiempo para creer en ti de nuevo."

"Entiendo," dijo Pascual, sintiendo cómo la desilusión se apoderaba de él. "Pero quiero que sepas que estoy aquí, y que estoy trabajando para ser el hombre que mereces."

Pascual empezó a transformarse después de que su amante lo abandonara, sintiéndose solo y culpable por el daño causado a su esposa e hijos. Por ello, buscó trabajo para obtener más ingresos, combinando su labor de sepulturero con la de pregonero del pueblo y realizando mantenimiento en las casas de los vecinos que lo requerían. Compró ropa y zapatos nuevos para sus hijos y su esposa. Todo parecía mejorar y se vislumbraba una vida familiar. Petra continuaba trabajando en el campo con sus dos hijos, mientras que Rosario asistía al colegio y durante el recreo, recogía amapolas para venderlas a los vecinos para alimentar sus conejos, contribuyendo económicamente en casa como sus hermanos. Sus

compañeros de clase la apodaban 'la chica del cementerio', un título que no le molestaba, ya que había nacido y crecido allí, considerando el camposanto como su hogar. El trabajo en el campo y la escuela ocupaba mucho tiempo de la familia, creando una rutina que les proporcionaba un sentido de estabilidad. No obstante, las noches eran distintas; las sombras de la traición y la culpa continuaban atormentando a Pascual. En silencio, meditaba sobre sus decisiones. El eco del abandono de su amante retumbaba en su mente, recordándole la fragilidad de las relaciones humanas.

Gradualmente, el ambiente en el hogar se hizo más ameno. Petra, con su optimismo y esfuerzo, motivaba a los niños a perseverar, a luchar por sus sueños a pesar de los obstáculos que enfrentasen. Frecuentemente, reunía a la familia por las noches para contar historias, fortaleciendo así los vínculos que parecían debilitarse.

Rosario, la más inquieta, comenzó a buscar empleo y una vecina le mencionó que en una casa de Ciudad Real buscaban a una joven para cuidar niños y encargarse de las tareas domésticas, con la única condición de vivir con ellos. Tendría alojamiento, comida y un salario semanal. Rosario no lo pensó dos veces y aceptó. A pesar de ser muy joven y querer contribuir en su hogar, habló con su madre, quien le insistió en que debía estudiar era demasiado joven para trabajar. Rosario aceptó el consejo de su madre, pero continuó recolectando amapolas para vender.

Pascual, mientras trabajaba como sepulturero, escuchaba orgulloso la conversación entre su esposa Petra y su hija menor Rosario. De repente, alguien le tocó el hombro por detrás sin previo aviso, asustándolo, ya que estaba absorto en la charla y no había oído acercarse a nadie. Era el tío de Petra, quien llegó para dar una noticia trágica: los padres de Petra habían sido asesinados durante la noche mientras descansaban en el monte, en una pernocta de su viaje de regreso con el ganado. Los habían asaltado para robarles. El cuerpo de la madre de Petra fue encontrado calcinado y el de su padre aún no había aparecido. Las búsquedas se concentraban en un río cercano al lugar del hallazgo, ya que la investigación mostraba indicios de una lucha intensa, un cuchillo ensangrentado y rastros de arrastre de un cuerpo hasta la orilla del río. Las palabras del tío resonaron en la mente de Pascual, quien quedó paralizado por el horror de la noticia. La tristeza se mezcló con la rabia mientras pensaba en cómo un acto tan cruel podía ocurrir. Petra, al escuchar la terrible verdad, se desvaneció, y Pascual rápidamente acudió a su lado, abrazándola con fuerza, tratando de infundirle algo de consuelo en medio de la tormenta emocional que enfrentaba.

A las pocas horas, la familia abrumada se reunió en la humilde casa que habían compartido, donde la tristeza llenaba cada rincón. Los amigos y vecinos comenzaron a llegar, ofreciendo su apoyo, aunque las palabras de consuelo resultaban insuficientes ante la magnitud de la tragedia. Las conversaciones giraban en torno a la necesidad de hacer justicia, de encontrar a los responsables y garantizar que actos así no se repitieran. Mientras tanto, la búsqueda del padre de Petra continuaba en el río. A

medida que los días pasaban, la esperanza se disolvía entre los murmullos de los pueblos próximos, resonando la angustia por cada momento perdido. La policía hizo un llamado a testigos y buscó pistas, pero el miedo reinaba, y pocos se atrevían a hablar. Un caso que llegó al olvido, pero no por el pueblo ni la familia. El cuerpo de su padre nunca apareció y Petra, con pesar, aceptó que nunca sabría quién fue el responsable de tal atrocidad, ni tendría la oportunidad de despedirse de él. Petra fue a la orilla del río buscando sentir o reconectar con la energía de su padre, y allí encontró a su prima materna Lucía de 17 años. Sentada mirando el baile armonioso del agua que parecía danzar al pasar por el río. Petra se acercó para saludarla, se abrazaron y Lucía le dijo que era momento de decir adiós, que no se verían más, que Petra debía ser fuerte, tenía mucho por dar y recibir en la vida, y que lo bueno llegaría. Petra, confundida, no comprendía las palabras de su prima. Lucía le entregó un papel doblado y le indicó que en dos días cumpliría 18 años; debía guardar ese papel y leerlo el día de su cumpleaños, entonces lo entendería todo. Se despidieron con un cálido abrazo, cada una tomando su propio camino y destino. Petra sintió una mezcla de inquietud y esperanza mientras caminaba hacia casa. El papel en su mano parecía más pesado de lo que había imaginado. Cada paso que daba resonaba con la duda de lo que Lucía había querido transmitirle. La noche se fue asentando y su mente revoloteaba entre recuerdos y preguntas sin respuesta.

Los días transcurrieron, y la mañana de su cumpleaños llegó. Petra se despertó con la luz del sol entrando por la ventana, un rayo de luz que parecía guiarla. Con el corazón acelerado, recordó el papel. Sin dudar, lo sacó de su bolso, lo desdobló con cuidado y comenzó a leer. Las palabras eran un susurro de sabiduría y amor. Lucía le habló sobre cómo los desafíos son una parte esencial del crecimiento, sobre la importancia de encontrar su voz en un mundo que a menudo parece ahogar los sueños. Había referencias a su padre, su fortaleza y cómo él siempre la llevaría en su corazón. Al final de la carta, Lucía mencionaba que, aunque el dolor nunca desapareciera completamente, la vida estaba llena de momentos de alegría y oportunidades, y que siempre debía recordar la luz que llevaba dentro, confiando en su destino. Petra, con lágrimas en los ojos, sentía que su prima le estaba dando un regalo invaluable: la capacidad de sanar, de mirar hacia adelante. Culpas y lamentos empezaron a desvanecerse, y una nueva resolución comenzó a florecer. Ese día, decidió que no sería una sombra de su pasado; abrazaría lo que la vida le ofrecía y lucharía por cada sueño que anhelaba. Decidida, salió de casa y se dirigió al río, el mismo lugar donde había tenido su último encuentro con Lucía. En la orilla, encontró a una mujer sentada, mirando al cielo con la vista perdida. Petra se acercó y le preguntó si estaba bien, a lo que la mujer respondió que Lucía se había ido. "Hace una semana, me contó que en este río tuvo una visión de un ser celestial que le reveló que hoy, en su decimoctavo cumpleaños, moriría porque su destino era una luz espiritual a la que debía regresar". No le creí, pero esta mañana la encontraron muerta en su cama, con una sonrisa en su

rostro; estaba contenta. El médico declaró su fallecimiento por un paro cardíaco, pero su expresión era de paz, de serenidad... Sentí la necesidad de venir aquí, a este río, porque quizás aquí podría sentir su presencia. Era un ángel, y vinieron a buscarla. Petra, atónita y sin saber qué pensar, volvió a casa. Al pasar por el cementerio, vio a Pascual preparando una tumba para el entierro de la joven Lucía que se realizaría mañana.